

La lorenesa creyó que debía pasar al cuarto de Crevel, y al hacerlo, halló allí á Victorino y á su mujer sentados á tres pies de distancia de la cama del pestífero.

—Isabel—dijo el enfermo,—me ocultan el estado en que se halla mi mujer, y tú acabas de verla; ¿qué tal va?

—Está mejor, y se dice salvada—respondió Isabel para tranquilizar al enfermo.

—¡Ah! bueno—repuso el alcalde, porque temía ser la causa de su enfermedad,—no en vano se ha sido viajante de perfumería. Yo me hago reproches, y si la perdiese ¿qué sería de mí? Hijos míos, palabra de honor que adoro á esa mujer.

—¡Oh! papá—dijo Celestina, si se pone usted bueno, hago voto de recibir á mi suegra.

—¡Pobre Celestinita!—repuso Crevel—ven á abrazarme.

Victorino detuvo á su mujer cuando ésta iba á cumplir los deseos de su padre.

—Señor, ¿ignora usted que su enfermedad es contagiosa?—dijo el abogado con amabilidad.

—Es cierto—respondió Crevel.—Los médicos celebran haber encontrado en mí no sé qué peste de la Edad media que se había perdido, y yo he sido ya varias veces objeto de discusiones en las facultades. ¡Qué cosa más rara!

—Papá—dijo Celestina,—sea usted valeroso y triunfará de esa enfermedad.

—No tengáis cuidado, hijos míos, porque la muerte se mira dos veces antes de herir á un alcalde de París—dijo con una sangre fría cómica.—Además, si mi distrito es tan desgraciado que haya de perder al hombre á quien ha honrado dos veces con sus sufragios, no creáis que yo me asuste. ¿Véis cómo me expreso con facilidad? Además, yo he sido viajante y estoy acostumbrado á las partidas. ¡Ah! hijos míos, yo soy un hombre de carácter.

—Papá, prométame usted que recibirá á la Iglesia.

—¡Nunca!—respondió Crevel.—¿Qué queréis? A mí me ha amamantado la revolución, y aunque no tengo el espíritu del barón de Holbach, tengo su misma fuerza de voluntad. ¡Pardiez! yo soy más regencia que nunca. Mi pobre mujer, que pierde la cabeza, acaba de enviarme á un hombre con sotana, á mí, al admirador de Beranger, al amigo de Liseth, al hijo de Voltaire y de Rousseau. Para tentarme, para saber si la enfermedad me abatía, el médico me ha dicho si había

visto al señor cura, y yo, imitando al gran Montesquieu, le dije que sí.

Hulot hijo contemplaba tristemente á su suegro, preguntándose si la estupidez y la vanidad no poseían una fuerza igual á la de las verdaderas grandes almas. Las causas que ponen en movimiento los desórdenes del alma, parecen ser completamente extrañas á los resultados. ¿Será acaso igual la fuerza que despliega un gran criminal á aquella que causa orgullo á un Champcenetz yendo al suplicio?

A fines de la semana, la señora Crevel estaba enterrada, después de inauditos sufrimientos, y Crevel no tardó más que dos días en seguir á su mujer; de modo que los efectos del contrato de matrimonio quedaron anulados, y Crevel heredó á Valeria.

El día siguiente mismo del entierro, el abogado volvió á ver al monje y le recibió sin decirle palabra. El monje tendió silenciosamente la mano, y silenciosamente también, Victorino le entregó ochenta billetes de á mil francos, tomados de la suma que se encontró en el secreter de Crevel. La señora Hulot heredó la tierra de Presles y treinta mil francos de renta. La señora Crevel, había legado trescientos mil francos al barón Hulot. A su mayor edad, el escrofuloso Estanislao debía recibir el palacio Crevel y veinticuatro mil francos de renta.

CAPÍTULO XXXVIII

La vuelta del padre pródigo

Entre las numerosas y sublimes asociaciones instituidas en París por la sociedad católica, existe una fundada por la señora de la Chanterie, cuyo objeto es casar civil y religiosamente á las gentes de pueblo que se han unido de buena voluntad. Los legisladores, que sólo se preocupan de los productos del registro, y la burguesía reinante, que sólo se preocupa de los honorarios del notario, fingen ignorar que las tres cuartas partes de las gentes del pueblo no pueden pagar quince francos por su contrato de matrimonio. El colegio de notarios está en esto por debajo del colegio de procuradores de París. Los procuradores de París, clase bas-

tante calumniada, se encargan gratuitamente de los procesos de los indigentes, mientras que los notarios no han decidido aún hacer gratis el contrato de matrimonio de los pobres. Respecto al fisco, sería preciso remover toda la máquina gubernamental para lograr que él abandonase su rigor respecto á este punto. El registro es sordo y mudo. La Iglesia, por su parte, percibe derechos por los matrimonios. La Iglesia es en Francia excesivamente fiscal, y se entrega en la casa de Dios á innobles tráficos que indignan á los extranjeros, cual si pudiese haber olvidado la cólera del Salvador al arrojar á los vendedores del templo. Si la Iglesia se desprende difícilmente de sus derechos, es preciso creer que éstos constituyen hoy uno de sus recursos, y en su caso la culpa no es suya, sino del Estado. La reunión de estas circunstancias en un momento en que se ocupan, tal vez con exceso, de los negros, de los condenados y de la policía correccional en vez de ocuparse de las gentes honradas que sufren, hace que en muchos hogares estén amancebados, sólo por no tener treinta francos para pagar al notario, á la alcaldía y á la Iglesia. La institución de la señora de la Chanterie, fundada para encauzar á las gentes pobres por la senda religiosa y legal, va en busca de esas parejas, á las cuales les salen al paso con tanta más facilidad, cuanto que las socorre como gentes indigentes antes de saber su estado civil. Cuando la señora baronesa Hulot estuvo completamente restablecida, reanudó sus ocupaciones, y entonces fué cuando la respetable señora de la Chanterie fué á rogar á Adelina que uniese la legalización de los matrimonios naturales á las buenas obras de que era intermediaria. Una de las primeras tentativas de la baronesa en este género tuvo lugar en el siniestro barrio llamado antaño *La pequeña Polonia*, el cual está comprendido entre la calle del Rocher, la calle de la Pepiniere y la calle Meromenil. Existe allí una especie de sucursal del arrabal de Saint Marco. Para pintar aquel barrio, bastará decir que los propietarios de ciertas casas habitadas por industriales sin industrias, por peligrosos forasteros y por indigentes entregados á peligrosos oficios, no se atreven á reclamar sus alquileres y no encuentran alguaciles que quieran expulsar á los inquilinos insolventes. En este momento la especulación, que tiende á cambiar la faz de aquel lado de París, modificará sin duda su población, pues la paleta del albañil es más civilizadora de lo que parece. Cons-

truyendo hermosas y elegantes casas con porteros, tiendas y magníficas aceras, ocurre que el precio de alquiler aleja á las gentes sin ocupación, á los hogares sin mobiliario y á los malos inquilinos.

En junio de 1844, el aspecto de la plaza Delaborde y de sus alrededores era poco tranquilizador. El paseante acicalado que de la calle de la Pepiniere subía por casualidad á una de aquellas espantosas calles, se asombraba de ver á la aristocracia lúndando con un barrio de bohemios. En aquellos barrios donde vegetan la indigencia ignorante y la horrible miseria florecen los últimos escritores públicos que se ven en París. Allí donde veáis escritas estas dos palabras: *Escritor público*, en gruesa letra hecha á mano sobre un papel blanco pegado al ventanal de algún entresuelo ó de algún fangoso piso bajo, podéis imaginaros sin temor que el barrio oculta muchas gentes ignorantes y, por lo tanto, desgraciadas, viciosas y criminales. La ignorancia es la madre de todos los crímenes. Un crimen es ante todo una falta de razonamiento.

Ahora bien, durante la enfermedad de la baronesa, este barrio, para el cual era ella una segunda providencia, había adquirido un escritor público establecido en el pasaje del Sol, cuyo nombre es una de esas antítesis propias de los parisienses, pues el tal pasaje es excesivamente oscuro. Aquel escritor, reputado de ser alemán, se llamaba Vider, y vivía maritalmente con una joven, de la cual estaba tan celoso que no la dejaba ir más que á casa de unos honrados deshollinadores italianos, como todos los de este oficio. Esta familia había sido salvada de una quiebra inevitable que los hubiese lanzado á la miseria, gracias á la señora Hulot, que obró por cuenta de la señora de la Chanterie. En pocos meses, el desahogo reemplazó á la miseria, y la religión entró en aquellos corazones que poco antes maldecían á la Providencia con esa energía propia de los italianos de este oficio. Una de las primeras visitas de la baronesa fué, pues, para aquella familia. La baronesa se sintió feliz ante el espectáculo que se ofreció á sus miradas en el fondo de la casa de la calle del Rocher. Sobre los almacenes y el taller, donde pululaban aprendices y obreros italianos, todos del valle de Domodosola, la familia ocupaba una pequeña habitación, donde el trabajo había sembrado la abundancia. La baronesa fué recibida cual si fuese una aparición de la

Virgen Santísima. Después de un cuarto de hora de examen, Adelina, obligada á esperar al marido para saber cómo iban los negocios, empezó su santo espionaje preguntándole á aquella familia por los desagraciados que conocían.

—¡Ah! mi buena señora—dijo la italiana.—Usted, que es capaz de salvar á los condenados del infierno, podrá proteger á una joven que hay cerca de aquí y retirarla de la perdición.

—¿La conoce usted bien?—le preguntó la baronesa.

—Es nieta de un antiguo patrón de mi marido, llamado Judici, que vino á Francia cuando la revolución, en 1788. En tiempo del emperador, el padre Judici fué uno de los más acreditados del oficio, y murió en 1819, dejando á su hijo una hermosa fortuna. Pero el hijo de Judici se lo comió todo con malas mujeres y acabó por casarse con una que fué más astuta que las demás, de la cual tuvo una muchacha que acaba de cumplir quince años.

—¿Qué le ha ocurrido?—dijo la baronesa vivamente impresionada por la semejanza del carácter de aquel Judici con su marido.

—Pues mire usted, señora, esa pequeña, que se llama Atala, dejó á su padre y á su madre para venir á vivir aquí al lado, con un viejo de ochenta años lo menos, llamado Vider, el cual se ocupa de los negocios de todas las gentes que no saben leer y escribir. Si ese viejo libertino, que dicen que compró á la pequeña por mil quinientos francos, se casase al menos con ella, como le quedan pocos días de vida y como tiene, al parecer algunos miles de francos de renta, la pobre niña, que es un angelito, se libraría del mal y sobre todo de la miseria que acabará por pervertirla.

—Le doy á usted las gracias por haberme indicado esa buena acción que hacer—dijo Adelina,—pero hay que obrar con prudencia. ¿Qué tal es ese anciano?

—¡Oh! señora, es un buen hombre que hace feliz á la pequeña y que no carece de sentido, porque, mire usted, creo que dejó el barrio de los Judíos para salvar á esa niña de las garras de su madre. La madre estaba celosa de su hija y tal vez contaba con sacar partido de su hermosura convirtiéndola en una perdida. Atala se acordó de nosotros, aconsejó á su viejo que se estableciese cerca de nuestra casa, y como el buen hombre vió quiénes éramos, la dejó venir aquí. Pero cáselo usted, señora, y hará una acción digna de

usted... Una vez casada, la pequeña sería libre, y por este medio saldría del poder de su madre, la cual acecha continuamente, y para sacar partido de ella quisiera verla en el teatro ó haciendo fortuna en la horrible carrera á que la ha lanzado.

—¿Por qué no se ha casado con ella ese anciano?

—No era necesario—dijo la italiana,—y aunque el buen Vider no sea malo del todo, yo creo que es bastante astuto para querer ser dueño de la pequeña, mientras que, casado, el pobre viejo teme.

—¿Puede usted enviar á buscar á la joven?—dijo la baronesa.—La vería aquí y sabría si puede hacerse algo.

La italiana hizo seña á su hija mayor, la cual partió inmediatamente. Diez minutos después, la joven volvió llevando de la mano á una joven de quince años y medio, dotada de una belleza completamente italiana.

La señorita de Judici había heredado de su padre su color, que siendo amarillo á la luz del día, parece deslumbrante blancura á la luz artificial. Unos ojos de un tamaño, de una forma y de un brillo oriental, pestañas tupidas y arqueadas, cabellera de ébano, y esa majestad nativa de la Lombardía que le hace creer al extranjero, cuando se pasea un domingo por Milán, que las hijas de los porteros son otras tantas reinas. Atala, advertida por la hija de la italiana de la visita de aquella dama de quien tanto había oído hablar, se había puesto á toda prisa una bonita bata de seda, unos borceguies y una elegante manteleta. Un gorro con cintas color cereza centuplicaba el efecto de su cabeza. Aquella pequeña se mantenía en una actitud de sencilla curiosidad examinando con el rabllo del ojo á la baronesa, cuyo temblor nervioso le causaba gran asombro. La baronesa lanzó un profundo suspiro al ver aquella joya femenina en el barrio de la prostitución, y juró conquistarla para la virtud.

—¿Cómo te llamas, hija mía?

—Atala, señora.

—¿Sabes leer y escribir?

—No, señora, pero eso no importa, porque ya sabe el señor.

—¿Te llevaron tus padres á la iglesia, has hecho la comunión, sabes el catecismo?

—Señora, papá quería que hiciese cosas que se parecen á lo que usted dice, pero mamá se oponía á ello.

—¿Tu madre?—exclamó la baronesa.—¿Qué mala debe ser!
—Me pegaba siempre. No sé por qué, pero es lo cierto que yo era objeto de continuas disputas entre mi padre y mi madre.

—¿De modo que no te han hablado nunca de Dios?—exclamó la baronesa.

La niña abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Ah! Papá y mamá decían á veces juramentos mezclados con el nombre de Dios.

—¿No has visto nunca la iglesia? ¿No te ha dado nunca la idea de entrar?

—¡Iglesias! ¡Ah! Nuestra Señora, el Panteón. Las he visto de lejos cuando papá me llevaba á París, lo cual no ocurría muchas veces. En el arrabal no había esa clase de iglesias.

—¿En qué arrabal estabais?

—En el arrabal.

—¿Pero en qué arrabal?

—En la calle de Charona, señora.

Los habitantes del arrabal de San Antonio nunca llaman más que arrabal á este barrio célebre. Para ellos es el arrabal por excelencia, el arrabal soberano y hasta los fabricantes, cuando pronuncian esta palabra, sólo se refieren al arrabal de San Antonio.

—¿No te han dicho nunca lo que está bien hecho y lo que estaba mal?

—Mamá me pegaba cuando no hacía las cosas á su gusto.

—Pero ¿no sabías que cometías una mala acción dejando á tu padre y á tu madre para ir á vivir con un viejo?

Atala Judici miró con aire severo á la baronesa, y no le respondió.

—Es una muchacha completamente salvaje—se dijo Adelina.

—¡Oh! señora, hay muchas como ella en el arrabal—dijo la italiana.

—Lo ignora todo, hasta el mal. ¡Dios mío! ¿Por qué no me respondes?—replicó la baronesa intentando tomar á Atala por la mano.

Atala, irritada, dió un paso atrás, diciendo:

—Es usted una vieja loca. Mi padre y mi madre estaban en ayunas hacía una semana. Y mi madre quería hacer algo peor, puesto que mi padre le pegó llamándola ladrona. Entonces el señor Vider pagó todas las deudas de mi padre y

de mi madre, les dió dinero, un saco lleno, y me trajo aquí. Por cierto que mi pobre papá lloraba. Pero era preciso separarnos. ¿Qué, está mal esto?

—¿Y quiere usted mucho á ese señor Vider?

—¿Si lo quiero? Ya lo creo, señora. Me cuenta cuentos todas las noches. Me ha dado buena ropa, un chal, voy arreglada como una princesa y ya no llevo zuecos. Además, hace dos meses que no paso hambre, ni como tampoco patatas, y me trae bombones, avellanas, almendras, chocolate. ¡Y qué bueno es el chocolate! Por un saquito de chocolate hago todo lo que quiere. Además, mi buen padre Vider es tan cariñoso y me cuida tanto que me hace ver cómo debía ser mi madre. Ahora va á tomar una criada para cuidarme, pues no quiere que me ensucie las manos cocinando. Hace un mes que gana bastante dinero y me trae todas las noches tres francos que yo meto en una hucha; lo único que me prohíbe es que salga de casa, á no ser para venir aquí. Es un buen hombre y hace de mí todo lo que quiere. Me llama su gatita, mientras que mi madre me llamaba bestia, ladrona, reptil y qué sé yo cuántas cosas más.

—Dime, ¿porqué no te casas con el padre Vider?

—Ya lo he hecho—dijo la joven sin ruborizarse, mirando á la baronesa con ojos serenos.—Ya me ha dicho que soy su mujercita; pero, á no ser por los bombones, encuentro poco agradable eso de ser mujer de un hombre.

—¡Dios mío!—dijo en voz baja la baronesa.—¿Quién será el monstruo que se ha atrevido á abusar de una inocencia tan completa y tan santa? Traer esta niña al buen sendero es evitar muchas faltas. Yo, por mi parte, sabía lo que hacía—se dijo pensando en su escena con Crevel,—pero ella lo ignora todo.

—¿Conoce usted al señor Samanon?—preguntó la pequeña con atrevimiento.

—No, hija mía; pero ¿por qué me preguntas eso?

—¿De veras? dijo la inocente criatura.

—Atala, no temas nada de esta señora, que es un ángel—le dijo la italiana.

—Es que mi viejo teme ser hallado por ese Samanon y se esconde, y á mí me gustaría que pudiese ser libre.

—¿Y por qué?

—¡Diantre! porque me llevaría á Bobino y tal vez al Ambigu.

—¡Qué criatura más excelente!—dijo la baronesa abrazando á aquella niña.

—¿Es usted rica?—preguntó Atala, que jugaba con el manguito de la baronesa.

—Sí y no—respondió ésta.—Soy rica para las niñas buenas como tú, cuando permiten que un sacerdote las instruya en sus deberes de cristiana y las lleve por el buen camino.

—¿Qué camino?—dijo Atala.—Yo voy muy bien con mis piernas.

Atala miró á la baronesa con aire socarrón y risueño.

—Mira como la señora es feliz desde que ha entrado en el seno de la Iglesia—dijo la baronesa señalando á la italiana.—Tú te has casado del mismo modo que se aparejan las bestias.

—¡Yo!—repuso Atala.—Si quiere usted darme lo que me da el padre Vider, aun me alegraré de no estar casada.

—Es que una vez que una mujer se ha unido á un hombre, debe serle fiel—repuso la baronesa.

—¿Hasta que se muera?—dijo Atala con astucia.—¡Oh! entonces no me quedará para mucho tiempo. ¡Si viera usted cómo sopla y cómo tose el padre Vider! ¡Je, je!—dijo imitando al anciano.

—La virtud y la moral exigen que el matrimonio sea consagrado por la Iglesia, que representa á Dios, y la alcaldía, que representa á la ley. Mira cómo la señora está casada legítimamente.

—¿Es que será eso más divertido?—preguntó la niña.

—Serás más feliz, porque nadie podrá reprocharte tu matrimonio. Además, agradarás á Dios. Pregúntale á la señora si se ha casado sin haber recibido el sacramento del matrimonio.

Atala miró á la italiana.

—¿Y qué tiene más que yo? Yo soy más bonita que ella.

—Sí, pero yo soy una mujer honrada, y á ti te pueden dar un nombre feo.

—¿Cómo quieres que Dios te proteja si pisoteas las leyes divinas y humanas? ¿No sabes que Dios reserva el paraíso para los que siguen el mandato de su Iglesia?

—¿Y qué hay en el paraíso? ¿Hay teatros?—preguntó Atala.

—¡Oh! el cielo encierra todos los goces que tú puedes imaginarte—dijo la baronesa.—Está lleno de ángeles, cuyas

alas son blancas, se ve á Dios en su gloria, se comparte su poder y se es feliz á todas horas y por toda una eternidad.

Atala Judici escuchaba á la baronesa como si hubiese escuchado música, y Adelina, al ver que no se hallaba en estado de comprenderla, pensó que era preciso tomar otra senda y dirigirse al anciano.

—Vuélvete á casa, hija mía, que yo iré á hablar á ese señor Vider. ¿Es francés?

—Es alsaciano, señora, pero será rico. Si quiere usted pagar lo que debe á ese maldito Samanon, ya os devolverá lo que le deis, porque dentro de pocos meses tendrá seis mil francos de renta é iremos á vivir muy lejos, al campo, á los Vosgos.

Esta palabra, los Vosgos, hizo caer á la baronesa en profunda meditación, porque volvió á ver su aldea. La llegada del italiano, que iba á darle nuevas de su prosperidad, la sacó de aquel sueño.

—Señora, dentro de un año podré devolverle el dinero que me ha prestado, que es el dinero de Dios, el de los pobres y el de los desgraciados. Si hago fortuna, algún día pondré mi bolsillo á su disposición, á fin de socorrer por mediación suya, como fuí yo socorrido.

—En este momento no le pido dinero, sino su cooperación para una buena obra—dijo la baronesa.—Acabo de ver á la pequeña Judici, que vive con un anciano, y quiero casarla religiosa y legalmente.

—¡Ah! el padre Vider es un buen hombre, muy digno, tanto, que en dos meses que lleva en el barrio tiene ya mucha gente que le quiere. Yo creo que es un valiente coronel que ha servido al emperador. ¡Ah! ¡cómo quiere á Napoleón! Está condecorado, pero no lleva nunca las condecoraciones. El pobre hombre espera rehacerse, pues yo creo que tiene deudas y que se esconde por temor á los alguaciles.

—Dígale usted que yo pagaré sus deudas si quiere casarse con la pequeña.

—¡Ah! bueno, en seguida quedará arreglado. Vamos allá, señora, pues es á dos pasos de aquí, en el pasaje del Sol.

La baronesa y el italiano salieron para ir al pasaje del Sol.

—Por aquí, señora—dijo el italiano, señalando la calle de la Pepiniere.

En efecto, el pasaje del Sol, está al principio de la calle de la Pepiniere y desemboca en la del Rocher. En medio de

aquel paraje de reciente creación y cuyas tiendas pagan módicos alquileres, la baronesa vió en un ventanal un letrero que decía: «*Escribiente público*», y sobre la puerta:

DESPACHO DE NEGOCIOS

Aquí se redactan peticiones, se ponen memorias en limpio, etc.

DISCIECIÓN, PRONTITUD

El interior se parecía á esas oficinas que suelen tener las administraciones de diigencias. Una escalera interior conducía sin duda á la habitación del entresuelo, que dependía de la tienda. La baronesa vió allí una mesa de madera blanca ennegrecida, algunas carpetas y un mal sofá comprado de lance. Un goro y una visera de tafetán verde toda grasienta, denotaban las precauciones tomadas para disfrazarse, ó una debilidad en la vista bastante concebible en un anciano.

—Debe estar arriba—dijo el italiano.—Voy á subir á advertirle que está usted aquí, para que baje.

—La baronesa se dejó caer el velo y se sentó. Un pesado paso hizo temblar la pequeña escalera, y Adelina no pudo contener un penetrante grito, al ver á su marido vestido con chaqueta, pantalón de nuletón y en zapatillas.

—¿Qué quiere usted señora?—le dijo galantemente Hulot.

Adelina se levantó, abrazó á Hulot, y le dijo con voz entrecortada por la emoción:

—¡Al fin, te encuentro!

—¡Adelina!—exclamó el barón estupefacto cerrando la puerta de la tienda.—¡Bés!—le dijo al italiano,—váyase por el pasillo.

—Amigo mío—dijo la baronesa, olvidándolo todo en medio de su alegría.—Puedes volver al seno de tu familia, somos ricos, tu hijo tiene sesenta mil francos de renta, tu pensión está desempeñada, y con una sencilla fe de vida, puedes percibir quince mil francos. Valeria ha muerto, legándote trescientos mil francos. Tu nombre ha sido olvidado, puedes volver á frecuentar el mundo y vivir con tu hijo, en cuya casa hallarás una fortuna. Ven, nuestra dicha será completa. Hace ya tres años que busco y tenía tal seguridad de en-

contrarte, que tengo habitación preparada para recibirte. ¡Oh! sal de aquí, sal de la espantosa situación en que te hallas.

—Bien lo veo, pero ¿podré llevarme á la pequeña?

—Héctor, renuncia á ella, hazlo por tu Adelina, que no te ha pedido nunca el menor sacrificio. Yo te prometí casar á esa niña, dotarla bien y hacer que la instruyan, que no se diga que no has hecho feliz á alguna de las que te han hecho feliz, y no vuelvas á caer en el fango y en el vicio.

—¿Eras tú la que querías casarme?—repuso el barón sonriéndose.—Espérame un instante, que voy á vestirme de una manera conveniente.

Cuando Adelina quedó sola y contempló aquella horrible tienda, rompió en amargo llanto, diciendo:

—El vivía aquí y nosotros estábamos en la opulencia. ¡Pobre hombre! bien castigado ha sido, él que era la elegancia misma.

El italiano fué á despedirse de su bienechora, y entonces ésta le dijo que buscara un coche. Cuando el italiano volvió, la baronesa le rogó que tomara en su casa á Atala Judici y que se la llevara en el acto.

—Dígale usted que si quiere ponerse bajo la dirección del señor cura de la Magdalena, el día que haga la primera comunión, yo le daré treinta mil francos de dote y un buen marido, algún hermoso joven.

—Señora, mi hijo mayor tiene veintidós años y adora á esa muchacha.

En este momento, bajaba el barón con los ojos humedecidos por el llanto.

—Me haces dejar á la única criatura que se ha parecido á ti en el quererme—le dijo al oído á su mujer.—Esa pequeña se derrite en llanto y yo no puedo abandonarla de ese modo.

—No temas, Héctor, va á quedar en compañía de una familia honrada y yo te respondo de ella.

—¡Ah! entonces puedo seguirte—dijo el barón, acompañando á la baronesa al coche.

Héctor, que se había vuelto á convertir en el barón de Ervy, se había puesto un pantalón y una levita azul, un chaleco blanco, una corbata negra y unos guantes. Cuando la baronesa estuvo ya sentada en el coche, Atala se llegó hasta ella, diciéndole:

—¡Ah! señora, déjeme ir con usted. Mire, yo soy buena y obediente y haré todo lo que quiera, pero no me separe de